

el valor de los santos ha excedido en este particular el poder de la enfermedad; ellos han apurado al pié de la letra todos los recursos del dolor. Yo lo comprendo: los paganos habian apurado el deleite, muchos cristianos han apurado el sufrimiento.

Pero lo que mas importa aquí comprender bien es el nuevo y fuerte impulso que ha comunicado á la humanidad cristiana esta pasion del dolor. ¿Qué resultados ha producido en las almas, en los cuerpos, en todo el hombre? No hay duda que en aquel nuevo movimiento que arrastraba los santos á seguir las pisadas de su Dios azotado, hubo excesos piadosos en los que se descubria aun á sí misma la flaqueza del hombre en medio de los prodigios de valor; pero yo no debo ocuparme de estas excepciones, y por lo que respecta al progreso general solo debo hacer constar el efecto del conjunto, y este efecto vedle en su realidad manifiesta: la fuerza moral y la fuerza física se robustecieron en el dolor la una y la otra, y la una por la otra.

En todas las clases de la sociedad se formaron legiones de hombres y de mujeres, que armadas contra sí mismas del látigo de la flagelacion y de la cuchilla de la mortificacion se ejercitaban toda su vida en estos combates generosos: vencer los cuerpos para engrandecer las almas. Los santos querian en primer lugar una cosa: abrazar cuanto fuera posible el dolor físico para asemejarse cuanto fuera posible á su jefe flagelado. Pero de aquellas luchas que se habian hecho populares, de aquellos combates de gigantes en que las almas lidiaban con los cuerpos para disminuir el hombre sensual y engrandecer el hombre del espíritu, salieron las almas efectivamente mas grandes. El alma humana halló otra vez en estos combates una elevacion que ya no se le conocia: ella recobró con toda su fuerza su pureza, su generosidad, su dignidad, su libertad, y sobre todo su verdadera soberanía en aquel vasallaje del cuerpo sometido á flagelaciones vengadoras de sus rebeldías.

Y el engrandecimiento de las almas reflejando en la cara del hombre imprimió en ella como un sello de incomparable grandeza. Una fisonomía se descubrió en la humanidad, que llevaba con la señal del crucificado un rasgo de majestad desconocida á la antigüedad pagana. Rostros se vieron aparecer, que el arte antiguo no ha podido pintar, porque jamas los habia encontrado; rostros austeros y dulces, con ademan majestuoso y mirar sereno, enmagrecidos, no ya por

el exceso de los deleites, sino por el uso heróico de la austeridad, y que llevaban sobre su frente un surco generoso en que se reflejaba entera la majestad del hombre. Hasta el cuerpo, asociado por sus dolores á esta renovacion del hombre, recobró una fuerza y una nueva elasticidad. En aquellos mares de sangre derramada por la austeridad libre y voluntaria, el cuerpo humano volvió á hallar su temple, se purificó y se fortificó á un tiempo; y borrando en sí mismo cada dia mas la señal de la bestia, tomó en las muchedumbres trasfiguradas una cierta cosa que parecia angelical. El cuerpo, si así puedo decirlo, ménos pesado y mas etéreo, entró con flexibilidad y agilidad en el movimiento del espíritu; y las almas exentas de aquellas servidumbres carnales, no solo llevaban sino tambien levantaban sus cuerpos en aquel vuelo sublime que se las llevaba á Dios. Este prodigio de trasformacion humana llegó á tal grado, que pudo verse en algunos santos como una restauracion de toda nuestra grandeza primitiva; pues el alma, libre de la esclavitud del cuerpo, habia recobrado sobre él algo de su primer imperio haciéndole sentir el dominio de la cruz.

Así la austeridad cristiana disminuyendo al hombre por una parte, le habia realzado por todas sus faces. De este crisol del dolor un hombre nuevo habia salido, y era un hombre mas grande que el hombre antiguo. De aquella tierra viva de la humanidad, fecundada por el sufrimiento, regada con las aguas del sacrificio y la sangre del martirio, mil flores nuevas habian germinado, y se habian descogido en presencia del crucificado para embalsamar con su perfume este mundo regenerado: y entre ellas una flor mas bella y mas suave que todas las otras aparecia por todas partes como el producto espontáneo de la mortificacion cristiana: la flor incomparable de la castidad. Sí, como el sensualismo pagano producía de sí mismo y hacia salir de su fondo la flor de la voluptuosidad, así la austeridad cristiana hacia que se abriera en medio de sus rigores la flor celestial de la castidad como una rosa que florece al extremo de un tallo erizado de espinas. ¡O divina castidad! el mundo no te conocia ya, y para hallarte era preciso subir al cielo donde florece eternamente en la ciudad de Dios la pureza de los espíritus. Así es que fué una grande época en la vida de la humanidad, un indicio manifiesto del progreso que ella habia hecho marchando en el dolor, cuando de en medio de tantas corrupciones

acumuladas sobre los vestigios de la nueva religion se la vió reaparecer como un hermoso lirio que sale del fondo de las ruinas para abrirse á la luz del sol.

¡Ah! cuando contemplo desde aquí aquellos coros de vírgenes de todo sexo y de toda condicion, que cubiertos con el velo del pudor y adornados de santidad salen de aquellos templos ó de aquellas catacumbas donde sus cuerpos acaban de tocar la carne del Dios crucificado; cuando veo sobre todo vírgenes como santa Lucía, santa Agueda, santa Ines, santa Cecilia, que triunfan á la vez de los ataques de la crueldad y de los ataques aun mas terribles de la voluptuosidad con una fuerza y una facilidad de que nadie creia siquiera capaz á la humanidad, ¡ah! entónces me veo obligado á exclamar delante de este espectáculo que me muestra la historia: ¡El placer está destronado, el sufrimiento ha vencido! El alma ha vuelto á hallar su grandeza, la fisonomía su majestad; el cuerpo mismo ha recobrado juntamente con su fuerza su pureza virginal: el imperio de la austeridad ha reemplazado el imperio de la voluptuosidad, como el imperio de la humildad ha sucedido al imperio del orgullo. ¡Gloria sea á Dios! el mundo es cambiado, la humanidad engrandecida, el progreso marchará: marchará como ha comenzado, en el sufrimiento y en la austeridad cristiana. Las filosofías sensuales, las poesías sensuales, las literaturas sensuales vendrán á sembrar nuestro camino de flores, de perfumes, de placeres y de deleites: ellas seducirán por un momento á la humanidad retrógrada y engañada. Pero todas las veces que la humanidad desengañada querrá verdaderamente volverse á levantar, ¡ah! yo sé bien lo que hará; ella desechará aquellas flores, aquellos perfumes, aquellos hechizos que las pasiones y los errores siembran en el camino de los pueblos que descenden, y tomará otra vez para los combates de su vida ascendente la fuerte coraza de la austeridad: ella descubrirá el rostro de su Cristo cubierto de un velo por las doctrinas voluptuosas; y tomando en su mano esta bandera secular que la ha guiado hasta aquí en todas sus conquistas, la cruz, siempre la cruz, exclamará: Hijos del Calvario, prosigamos nuestro camino: anatema al placer: venga á nosotros la austeridad: el placer es retrógrado, la austeridad progresiva.

Hé aquí, Señores, lo que la humanidad cristiana desde el Calvario

acá ha hecho en los momentos de todas sus grandes crisis: ella ha tomado otra vez en su mano el estandarte de la cruz y en su corazon el amor á la austeridad: y ha marchado en el progreso.

Pues bien, lo que ella ha hecho diez y ocho siglos hace, lo que ha hecho en todas sus grandes fases, es necesario que lo haga hoy en el siglo décimonono; nuestro progreso es con esta condicion: una nueva reaccion contra el sensualismo.

## II.

Con una rápida ojeada que os hice dar el año último, os mostré ya que el sensualismo resumia las tendencias generales de nuestro siglo. Para sentar bien la necesidad urgente de una nueva reaccion cristiana contra el sensualismo del siglo, debo hoy extraer de ese fondo sensual una idea indirectamente opuesta á la doctrina que predico, cuya idea es en sí misma la mas completa expresion del sensualismo contemporáneo.

A la hora en que os hablo existe, Señores, en la Europa moderna y sobre todo en nuestra Francia no sé cuantas sectas nuevas que llevan nombres diferentes, pero todas se encuentran en esta idea comun: el progreso futuro por la sustitucion de un cristianismo nuevo al cristianismo antiguo. Esas sectas renovadas de Marcion, de Cerinto, de Valentino ó de Carpócrates, afectan por señas un lenguaje nuevo y una ciencia oscura. Verdadero gnosticismo rejuvenecido de diez y siete siglos, esas sectas que protestan de su respeto por el Evangelio, muestran por la mortificacion evangélica un horror que ellas creen santo; y denunciando la mortificacion ante la razon de este siglo apasionado por el progreso, dicen: La austeridad cristiana es el obstáculo á nuestro progreso, es el principio de nuestras decadencias. El cristianismo con su Calvario y su cruz fué diez y ocho siglos atras un progreso en el mundo; pero hoy dia la austeridad cristiana es la gran plaga de la humanidad, es el punto de parada de nuestros progresos; y lo que en otro tiempo fué fuerza progresiva, es hoy dia fuerza retrógrada.

En efecto, si damos oidos á los apóstoles consagrados á la propagacion de estas doctrinas, la mortificacion cristiana fué útil en otros

tiempos como una reaccion contra el sensualismo pagano, y determinó en el mundo un progreso verdadero; pero esta reaccion en el punto de vista del progreso general de la humanidad no ha podido servir sino como una transición. La mortificación cristiana, exageración del imperio del espíritu en detrimento del imperio del cuerpo, debe desaparecer para ceder su lugar á una moral mas elevada, mas completa, y sobre todo mas armoniosa; porque es el ensueño predilecto de esa filosofía encantadora tener la humanidad en la línea del deber en un equilibrio perfecto entre los excesos del sensualismo pagano y los excesos del ascetismo cristiano.

Un progreso debe verificarse en el siglo décimonono, pero por un proceder diametralmente opuesto al que ha seguido hasta aquí el cristianismo. Dicese que el cristianismo tiene el defecto imperdonable de ultrajar la naturaleza y exterminar la carne, y que las austeridades de los santos precipitan nuestra decadencia. Allí está el mal de nuestro tiempo, y ha llegado la hora de combatirlo. Es menester darse prisa en reprimir el exceso de los ayunos, de las abstinencias y de las maceraciones en el gran número de personas que el cristianismo gobierna todavía. Es preciso destruir con el embeleso olvidado de la vida de los sentidos ese gusto depravado que tienen aun los cristianos por las delicias del Calvario. Es indispensable sobre todo, de parte de todos los hombres y de todas las mujeres libres ó que aspiran á serlo, una grande y fraternal conspiración contra esa tiranía que el cristianismo hace pesar tan injustamente diez y ocho siglos hace sobre los derechos desconocidos del cuerpo y de la carne. El cristianismo es por cierto una excelente religion: se le confiesa de buen grado el principio de amor que es el fondo de su vida, la sublimidad de su moral, el poder de su unidad y el orden espléndido de su jerarquía. Hasta se llega á consentir en la admisión de la mayor parte de sus dogmas, reservándose el explicarlos ó reformarlos notablemente. Se está en la persuasión de que no existe en la actualidad doctrina mas completa ni institución mas fuerte que la doctrina y la institución del catolicismo, y se consiente á no destruir del todo el cristianismo. Se le piden concesiones, no solo en el orden dogmático, sino en el orden moral sobre todo. Se pide al cristianismo que mitigue un poco la severidad cristiana: se suplica á esta religion del espíritu que sea ménos intratable

con respecto á la carne: « En nombre de la humanidad tened un poco de piedad de nuestra carne humana. Diez y ocho siglos hace que la teneis cautiva; la hora de la manumisión ha llegado para ella; nosotros proclamamos los derechos de la carne; nosotros pedimos la igualdad del soberano y de los vasallos como garantía del futuro progreso en la sociedad; en la familia la igualdad del hombre y de la mujer; y en el hombre la igualdad de la carne y del espíritu. Así es que levantamos sobre nuestras cabezas esta bandera generosa que debe guiar los pueblos á la conquista del progreso: *Rehabilitación de la carne.* »

Tal es la doctrina que hizo poco ha mucho ruido y poco mal, y hace en la actualidad mucho mal y poco ruido: ella circula, se extiende, y se apodera como un cáncer de las almas muelles, abiertas de antemano á las doctrinas perniciosas. Del fondo de esas fórmulas confusas sale siempre una misma cosa: la carne. Manumisión de la carne, igualdad del espíritu y de la carne, armonía del espíritu y de la carne; derechos de la carne, dignidad de la carne, rehabilitación de la carne. La carne, siempre la carne. Por ninguna otra cosa se tienen tantos miramientos, tanta consideración, tanta solicitud, tanto amor, tanta ternura. ¿Quién creería, Señores, que esta doctrina tan aduladora de la carne ha bajado de las alturas de la metafísica? Sin embargo nada es mas cierto. Al través de esa moral, tan buena para las flaquezas, tan fácil á las pasiones y por la cual se sienten pasar tantos soplos de voluptuosidad, se deja ver claramente el panteísmo. La igualdad práctica de la carne y del espíritu no es mas que un corolario de su dogma fundamental. En efecto, el espíritu y la carne son en la doctrina panteística las dos grandes manifestaciones del Sér divino en la naturaleza humana, y la una y la otra tienen en el hombre la mas alta y mas completa expresión. Así es que la una es tan legítima como la otra, y los derechos del espíritu y de la carne tienen en su comun divinidad la razón de su igual legitimidad. Los instintos y las tendencias del espíritu están vueltos hácia el mundo inteligible, y los instintos y las tendencias de la carne están vueltos hácia el mundo material. Ahora bien, el mundo inteligible es Dios, y el mundo material es tambien Dios: en este caso pues, ¿por qué Dios oprimiría á Dios? ¿por qué debería haber entre lo divino y lo divino una lucha, un antagonismo,

una dependencia? ¿Y por qué los derechos de la carne que es también divina, serían inmolados en holocausto á la divinidad del espíritu? Así ya lo veis, de las cumbres de la ontología panteística á las profundidades de esta moral epicúrea no hay más que la distancia de dos silogismos.

Tal vez quisierais, Señores, que al relato de estas doctrinas pusiese yo nombres propios, aunque no fuera más que para dar á los maestros ó á los discípulos el derecho de reclamar. Esto no lo haré de ningún modo. Yo ataco las ideas y no á las personas. Poco importa á la cuestión el nombre con que se firmen estos errores. Yo profeso estima y amor á los hombres á quienes sus errores ponen bajo los golpes de la palabra que ataca las ideas, pero no por esto ataco menos las ideas. Y por lo que respecta á la idea de que se trata aquí, *igualdad de la carne y del espíritu, rehabilitación de la carne*, yo dejo caer sobre ella esta palabra que es su natural flagelación y su estigmate merecido: *¡degradante, retrógrada!*

Los propagadores de esta idea no cuentan de ninguna manera con la caída original, porque la idea misma exige para sostenerse que el pecado original no exista; y hacen una fácil justicia de este *mito* del Eden que los pueblos no se habrían hecho sino para consolarse de la miseria presente con el recuerdo de una felicidad perdida. Pero á lo menos es preciso que cuenten con la viva realidad de la naturaleza humana en el siglo décimonono. Sea lo que se fuere de Adán y del Eden, nuestra vida actual dista mucho de ser un mito: vosotros para mí no sois un mito, tampoco yo soy para vosotros un mito: héos ahí y héme aquí, llevando un espíritu que se conoce él mismo atado á una carne que se siente. Pues bien, de cualquier cosa que esto provenga, esto es un hecho cuyo conocimiento es para nosotros tan infalible como el sentimiento de la vida; esta carne que se nos pide que le demos libertad y que la rehabilitemos, es una carne que se rebela y tiene exigencias insolentes. El cuerpo humano es un egoísta y un rebelde, como los egoístas y los rebeldes de todos los tiempos y de todas las condiciones; él exagera sus necesidades, y pretende que sus necesidades son derechos: esto es burlarse demasiado del buen sentido del género humano pedir rehabilitaciones para este esclavo insolente que merece el castigo. ¡Ah! en vez de reprochar al espíritu su tiranía

sobre la carne, más bien debe reprocharse á la carne sus rebeldías contra el espíritu. Porque, sabedlo bien vosotros que habláis de progreso, si el hombre se degrada, no es porque tiene con demasiada firmeza el imperio del espíritu, sino porque se muestra demasiado débil ante las rebeliones de su carne.

Vosotros queréis aniquilar en el hombre el despotismo del espíritu, y pedís la libertad de la carne, la libre expansión de la carne. Ensayad con este principio la educación de un niño, ensayad la educación de un pueblo: ¿sabéis lo que haréis con ese niño y con ese pueblo? Conduciréis al uno y al otro á la degradación, cuando no sea á la destrucción. Abandonad un niño á las exigencias de su cuerpo; libre de las represiones del espíritu entregadle á la libre expansión de su carne: ¿qué vendrá á ser? ¿qué hará? Se degradará, se enervará, tal vez se exterminará él mismo. El animal se detiene por instinto en los límites de la necesidad, el niño pasará más allá: él hará servir su espíritu á la ruina de su cuerpo; y dirigiendo á las groseras satisfacciones de su carne sus nacientes é inmensos deseos, quebrará aquel frágil instrumento, bastante fuerte para suscitarlos, demasiado débil para satisfacerlos. ¡Ah! si vosotros lo dudáis, preguntad á aquellos que saben. Preguntad á los discípulos de Hipócrates que han conservado la lección de su maestro, adónde puede ir á parar un niño entregado á esta educación homicida que se vanagloria de engrandecer la humanidad rehabilitando la carne. ¡Y un pueblo! imagináos, Señores, lo que con el tiempo vendría á ser un pueblo que marchara á su progreso bajo esta bandera de ignominia, *rehabilitación de la carne*. ¡Lo que vendría á ser! ¡Ah! yo no me atrevo á decirlo. Por grande que fuera, iría á pasos precipitados adonde han ido y adonde irán siempre todos los pueblos que practican esta fórmula; al estado salvaje, ó á lo menos á la barbarie. Porque (y no lo olvidéis) la rehabilitación de la carne, dado caso que se hiciera, produciría en el hombre la destitución del espíritu. Y la destitución del espíritu, la prescripción del alma en la naturaleza humana, decidme ¿qué cosa es? Todo os responde: ¡Barbarie! ¡estado salvaje! Cuanto más se extiende en los pueblos y en los hombres el reinado de la carne, tanto más se estrecha y disminuye el reinado del espíritu. Ese equilibrio perfecto, esa armoniosa igualdad del espíritu y de la carne no es más que una desmentida que se da al

mas puro cristianismo; y esta desmentida dada al cristianismo no halla otra igual sino en la que dan á la historia esos sistemas humanitarios que ni siquiera tienen el mérito vulgar de conocer un poco á la humanidad. ¡Ah! el cristianismo, Señores, es esta palabra de san Pablo, cuya verdad es inmortal: *Caro concupiscit adversus spiritum, et spiritus adversus carnem*: y la historia es el rechazo de esta lucha cuyo ruido oye cada hombre en su interior, del mismo modo que se oye retumbar en todas las partes del universo: igualdad del espíritu y de la carne, novela de la humanidad y degradación de los pueblos; lucha del espíritu contra la carne, historia de la humanidad y progreso de las naciones.

Pero dejemos á parte por un momento lo que no concierne sino á la humanidad en general; pongamos esta doctrina frente á frente con las necesidades de nuestro siglo, porque de nuestro siglo estamos tratando; y mirando la humanidad contemporánea tal como se nos presenta, preguntémonos si esta doctrina es la que nos puede salvar, y si esta bandera puede ser verdaderamente para nosotros una bandera de progreso.

¡Ah, Señores! cuando considero lo que está pasando en derredor de nosotros en nuestros días, en que el cristianismo atrayendo todavía á sí la humanidad generosa, tiene tan firme y tan alto en medio de las naciones el cetro del espíritu, me pregunto á mí mismo: ¿qué es lo que sucedería si esta gran soberanía del espíritu llegaba á desaparecer de un golpe con todos los que la admiten? Nada más quedaría entre nosotros para hacer marchar la sociedad en la vía de su progreso, sino la soberanía de la carne y los que se proclaman sus vasallos. Decidme por vida vuestra, ¿dónde está en el momento en que os hablo, tanto en Francia como en toda Europa, el peligro de la humanidad y la causa de decadencia? Se pide la represión del imperio del espíritu y el engrandecimiento del imperio de la carne; pero ¿por ventura reina demasiado el espíritu sobre los pueblos en nuestros días, y no reina ya bastante la carne? ¿Qué? ¿son acaso demasiado reconocidos los derechos del espíritu, y demasiado olvidados los de la carne? ¿Qué? ¿está demasiado exaltado el espíritu, y la carne demasiado humillada? ¿es demasiado respetado el espíritu, y demasiado despreciada la carne? ¿Y es este nuestro peligro? Lo que amenaza corrom-

pernos, perdernos, degradarnos, ¿es verdaderamente el exceso de nuestros ayunos, de nuestras abstinencias, de nuestras flagelaciones y de todas nuestras austeridades? Y el peligro del siglo ¿está acaso en vuestros cilicios, vuestros sacos, vuestras disciplinas y todos esos terribles instrumentos con los cuales vuestro lúgubre ascetismo atormenta, flagela y destruye vuestros cuerpos? ¡Ah! vosotros no lo creéis así, y vuestra sonrisa al oír estas palabras me dice bastante, que en vuestra opinión lo mismo que en la mía el peligro está en otra parte. No, lo que nos amenaza no es el exceso de la austeridad cristiana, es la ausencia de ella: lo que pierde la humanidad de nuestros días no es en manera alguna el imperio exagerado del espíritu, es la dominación inmoderada de la carne. Yo encuentro al rededor de mí, cuerpos quebrantados y encorvados ántes de haber llegado la vejez; pero esos cuerpos ¿quién los ha quebrantado? Yo encuentro vidas caducas y ajadas ántes de tiempo; pero esas vidas ¿quién las ha ajado? ¿quién les ha infligido el oprobio de una caducidad precoz? Yo veo aparecer rostros enmagrecidos y pálidos, aun en la primavera de la edad; pero esa palidez ¿de dónde proviene? Ese enflaquecimiento ¿quién lo ha causado? ¿es por ventura el exceso de la penitencia? ¿es acaso el exceso de la disolución? ¿Sería posible!... Y entre esos seres arruinados, devastados, desfigurados, que del teatro del mundo caen al fondo de los hospitales, punto de reunión de todos los dolores, ¿cuántos han caído allí arruinados por los excesos de la austeridad cristiana? Ni uno. ¿Y cuántos han caído por el exceso de la sensualidad y de la disolución pagana? ¡Ah! yo no me atrevo á responder. Y este reinado de la carne que marca su paso por la vida con ultrajes irreparables y á veces con indelebles estigmas de decadencia y de oprobio, ¿se halla que no es bastante grande! ¿y se pide para ella nuevos derechos, nuevas rehabilitaciones y un nuevo imperio!

¡Ah, Señores! los derechos de la carne son bastante reconocidos, demasiado reconocidos: lo que se desconoce, lo que se atropella, lo que se ultraja hoy día, son los derechos y las prerogativas del espíritu. La carne es halagada, acariciada, adulada; la carne es ataviada, embellecida, perfumada; ella es, permitidme esta palabra familiar, festejada de todas maneras. Aun esto no basta: la carne es hoy día exaltada, glorificada, cantada por talentos de nombradía; ya no le faltaba más